

# ARGENTINA, FIEL A SU LABERINTO



**Ramón Casilda**

Profesor del Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos (IELAT) de la Universidad de Alcalá de Henares

El FMI en su informe *Las Américas: Perspectivas económicas para América Latina y el Caribe, una recuperación disparada*, consideraba que en medio de un agravamiento de las tensiones comerciales, unas condiciones financieras más restrictivas y volatilidad en los mercados, la recuperación en América Latina se había moderado y se había tornado más “dispareja”, creando una amplia dispersión de los niveles de ingreso entre los países. Pronosticaba que la región tendría un crecimiento en 2019 del 1,4 por ciento (seis décimas menos respecto al pronóstico de WEO, representando un mínimo repunte de cuatro décimas frente a 2018, que creció un 1 por ciento. No obstante, las perspectivas, mostraban cautela, dado el “moderado” desempeño de Brasil y México, pero más cautelosas aún se mostraban por el comportamiento de Argentina y su recuperación para 2020.

Más recientemente, en la actualización del informe: *Perspectivas de la Economía Mundial* (WEO, julio 2019), las previsiones de crecimiento las revisa a la baja y prevé que será de un exiguo 0,6 por ciento (ocho décimas menos respecto a las pronosticadas por WEO, abril 2019) siendo la tasa más baja desde 2016. Así que América Latina sigue avanzando, pero lentamente, y acusando el fuerte impacto que le supone Venezuela, cuya economía tendrá un retroceso del 35 por ciento, y ahora, además, se le une el previsible decrecimiento de la tercera economía de la región: Argentina.

Según el WEO, los indicadores de la economía argentina eran poco alentadores, transmisores de una contenida inestabilidad. Argentina se había desplomado durante el primer semestre en relación a 2018, registrando una

contracción del -1,3 por ciento, con un descenso del consumo interno y la inversión privada, con caídas del 4,8 por ciento y el 17,5 por ciento. La inflación se pronosticaba que cerraría a finales de año en torno al 40 por ciento.

Para 2020 se prevé un crecimiento del 1,1 por ciento, favorecido por el impulso de la expansión de la economía brasileña. Aunque continuaría afrontando dificultades como una alta inflación, vencimientos de deuda y presión cambiaria. La clave para el informe es que la renta disponible de las familias crezca y el sector agrícola se recupere del golpe de la sequía que sufrió en 2018. Asimismo se espera un déficit por cuenta corriente del 2 por ciento para 2019, que se profundizara hasta un 2,5 por ciento en 2020. Los riesgos a la baja siguen siendo considerables, y su materialización podría llevar a un cambio en las preferencias de los inversores en contra de los activos en pesos y presionar la moneda. Por su importancia, conviene resaltar que la situación de Argentina (como la de Brasil) se encuentra muy expuesta a la evolución de los precios de las materias primas, cuyas fluctuaciones le afecta considerablemente.

Pero estas previsiones han quedado drásticamente borradas tras los acontecimientos registrados como consecuencia de las elecciones primarias (PASO), celebradas el domingo 11 de agosto de 2019, donde logró una amplia victoria el candidato peronista del Frente de Todos, Alberto Fernández, con el 47,65 por ciento de los votos, frente al presidente Mauricio Macri, que obtuvo el 32,08 por ciento. El día siguiente, lunes 12 de agosto, resultó “negrísimo”. Los mercados claramente no compartían los resultados. Una muestra de ello lo reflejan los CDS (*Credit Default Swap*) que indicaban un 75 por ciento de probabilidades de quiebra de Argentina en los próximos cinco años,

subiendo más del 100 por ciento, pasando por tanto de 1.000 puntos básicos a más de 2.000, niveles impensables para otros países como Brasil o México. El peso se devaluó un 25 por ciento frente al dólar, pese a una subida de los tipos de interés hasta el 74 por ciento, y los valores bursátiles cayeron hasta un 60 por ciento (la sesión cerró con una caída del 37,9 por ciento). Los mercados argentinos no registraban una caída similar desde la crisis económica de finales de 2001.

Decía en mis anteriores artículos, antes (8-05-18) e inmediatamente después (11-09-2018) del otorgamiento del préstamo del FMI: “Lo que está pasando en el laberinto de la economía argentina es algo que aún no es posible contestar con precisión”. Nunca lo ha sido. Este

contexto hace que el laberinto sea “cortoplacista” y se apague, o por el contrario, resurja con más fuerza y se extienda hacia una crisis más profunda, que haga inviable la entrada de capitales. Entonces, hará falta una mayor depreciación del tipo de cambio y una mayor corrección fiscal, que por otra parte haría peligrar la agenda de reformas

estructurales. Por tanto, si la restricción presupuestaria de la economía argentina es el déficit por cuenta corriente, ¿estará el resto del mundo dispuesto a financiarlo?

Tras las elecciones, parece que el mundo no está dispuesto a financiarlo. Y lo peor es el nerviosismo y la incertidumbre empujan hacia un colapso del peso, porque los inversores prefieren vender los activos con pérdidas a cambio de lograr liquidez, lo que explica el desplome de los bonos. Y es que permanece muy viva en la memoria la crisis de deuda de 2001-2002. Los mercados no desean que se repita. Confiamos que el muy probable Gobierno de Alberto Fernández, tampoco, a tenor de sus palabras tras su triunfo. “Creo que los argentinos

entendieron el mensaje, entendieron la voluntad, la vocación y el compromiso que proponíamos. Hemos dado un primer paso y creo que ha sido importante. Los mercados reaccionan mal cuando se dan cuenta de que fueron estafados. El Gobierno los condujo a este estado de cosas con los bonos que emitieron, la crisis de la deuda. Nosotros debemos honrar los compromisos asumidos, pero eso no lo podemos hacer a costa del sacrificio de los que trabajan y de los jubilados. Además, para pagar, la economía tiene que crecer, que es lo que el Gobierno se olvidó de hacer”. También se olvidó de la situación social y la extrema pobreza que ha resurgido con fuerza, así que estará bien visto por la población más desfavorecida, es decir, al menos un cuarenta por ciento de los argentinos, que aumente el gasto público social.

La cuestión es que se estará ante una situación similar a la sufrida durante la crisis del *corralito* y esto sin incluir el ¿impagable? crédito de 57.000 millones de dólares que adeuda al FMI. Alberto Fernández declaró que no está considerando incumplir las obligaciones de Argentina, pero cree que Macri permitió que los niveles de deuda a corto plazo aumentaran a niveles insostenibles. Por lo tanto, ha sugerido que el modelo económico del país debe cambiar para conseguir una mayor industrialización y poder atraer capital extranjero estable. Aunque esto puede parecer prometedor, el hecho de que aún no ha clarificado sus políticas económicas, mantendrá a los mercados al límite y posiblemente verá que las ventas masivas continuarán, pero con altibajos.

Sin embargo, lo peor es el malestar y la inestabilidad que reinará hasta las elecciones presidenciales del 27 de octubre. Y más aún, si se confirma la victoria de Alberto Fernández, habrá que esperar hasta el traspaso de poderes que se realizará el 10 de diciembre, lo que significa un tiempo de incertidumbre, lo opuesto a lo que los inversores desean y los mercados premian.

Demasiado tiempo para un país muy expuesto a todos los riesgos, incluidos los políticos.

**Fernández recuerda que el Gobierno se olvidó de la situación social y la extrema pobreza que resurge**

# LOS CONTAMINANTES Y SU DOBLE SUBVENCIÓN



**Joaquín Leguina**

Estadístico

El efecto invernadero es el nombre por el que se conoce un fenómeno originado por varios gases presentes en la atmósfera (GEI: Gases de Efecto Invernadero), que condicionan la temperatura de la Tierra, y sin los cuales esta sería, aproximadamente, 21°C menor, lo cual la haría inhabitable. En efecto, en ausencia de GEI, la temperatura media de la Tierra sería de -6 °C, mientras que con los gases que hoy están presentes en la atmósfera es de 15 °C. En todo caso, conviene saber que el principal GEI es el CO<sub>2</sub>, que en los últimos tres siglos ha contribuido, aproximadamente, a un 80 por ciento de dicho efecto.

Resulta obvio que este equilibrio térmico se ve seriamente afectado si, por cualquier causa, los GEI aumentan su concentración en la atmós-

fera. Esto se está produciendo. La mayor absorción de las radiaciones reflejadas en la superficie terrestre y la reducción de la salida de calor al espacio producen un mayor calentamiento del planeta. Hay datos y observaciones científicas que permiten asegurar sin discusión posible que esto es lo que viene ocurriendo desde la revolución industrial.

Según el informe internacional “Estado del Clima 2017” los niveles de GEI son los más altos registrados en los últimos 800.000 años. Los registros corresponden a mediciones directas de los últimos 59 años, comparados con los valores obtenidos a partir de muestras en las burbujas de aire atrapadas desde la Prehistoria en distintas capas, a diversos niveles de profundidad.

Como resultado de los avances de las últi-

mas décadas, la ciencia del Cambio Climático permite diferenciar qué parte del calentamiento global se debe a la actividad humana y qué parte se debe al proceso de evolución natural, ya que existen factores naturales que afectan

a la evolución de la temperatura, tales como la posición relativa de la órbita terrestre en relación con el Sol, cambios en la actividad volcánica y también en la actividad solar.

Pero lo cierto es que los resultados científicos nos dicen que en los últimos cincuenta años estos efectos naturales de forma conjunta han contribuido, aunque sea muy débilmente, al enfriamiento de la Tierra y no a su calentamiento.

A este respecto, el profesor Jaime Terceiro criticaba en un reciente trabajo (“Transición energética y sistema financiero”) que en la pro-

ducción de combustibles fósiles, que son los más contaminantes, es necesario tener en cuenta las externalidades que generan, especialmente las emisiones de GEI. Lo más grave es que esta energía está doblemente subvencionada. Por una parte, no reflejan en su producción y venta los costes medioambientales y, por otra, porque en 2017 los combustibles fósiles recibieron de forma directa más de 300.000 millones de dólares en subvenciones.

De esta última cifra, el 30 por ciento corresponde a los países del G-20, es decir, los países más desarrollados, que demográficamente están muy lejos de ser mayoritarios.

Las variaciones que se pueden observar en estas cifras de un año a otro están, básicamente, asociadas al descenso de los precios internacionales de la energía y no a un cambio de la política de subvenciones. Todo ello, pese a los reiterados llamamientos para “racionalizar y eliminar a medio plazo los subsidios ineficientes a los combustibles fósiles, que fomentan un consumo desproporcionado”.

**Los combustibles fósiles recibieron más de 300.000 millones en ayudas en el año 2017**